

PRIMERA PARTE

DE LAS REGLAS GENERALES DE LA ELOCUCION

DE LA ELOCUCION EN GENERAL

I

Idea de la elocución.

Se da el nombre de elocución (1) á la manifestación de nuestros pensamientos por medio del lenguaje oral, ó más concretamente, es el buen uso de las palabras y de los pensamientos: «*idoneus verborum et sententiarum usus*».

De esta definición se desprende que son dos las partes constitutivas de la elocución, pensamientos y lenguaje: aquello que queremos expresar, ó sea los elementos lógicos (pensamientos, sentimientos é imágenes), y el medio de que nos servimos para expresarlo, ó sean los elementos gramaticales (palabras, oraciones y cláusulas.) El lenguaje es el cuerpo, el pensamiento, es el alma de la elocución. El primero, como todo signo, recibe su valor de la cosa significada, y sin su auxilio

(1) Del verbo latino *eloquor*, manifestar de palabra, decir. Algunos la suponen compuesta de *elocutio-electa*, lenguaje escogido. *Loquente* es todo aquel que habla, sea cualquiera su lenguaje: *eloquente* es tan sólo el que sabe hablar bien, haciendo uso de palabras propias y exactas.

quedaría el pensamiento como encerrado y muerto en el fondo de la conciencia. La elocución perfecta exige por lo tanto pensar bien y enseñorearse del artificio de la expresión. Pensar bien, porque como la razón debe presidir á todas las obras del entendimiento humano, todas indistintamente deben estar sujetas á los principios de una buena lógica, y siendo el lenguaje oral el medio de transmitir el pensamiento, debemos valernos de este medio con toda la perfección posible.

El tratado de la elocución, llamado por algunos retórica, enseña á embellecer la expresión y á transmitir al pensamiento las imágenes y los afectos con la misma energía con que percibimos, concebimos y sentimos. Por consiguiente, las reglas de gramática y las de elocución, tan íntimamente enlazadas que es imposible discernirlas con toda exactitud, son, como las de la lógica, comunes á todas las obras científicas y literarias; constituyen la parte mecánica de la literatura. No exageraba Platón cuando decía en su *Gorgias* que un orador debe tener la sutileza de un dialéctico, la ciencia de los filósofos, la dicción casi de los poetas, y la voz y los gestos de los grandes actores.

El estudio de la elocución es importantísimo hasta en sus más pequeños detalles; porque así como para poder algún día pintar un cuadro se necesita empezar por conocer los principios del dibujo, los colores y el modo de emplearlos, de la misma manera para poder hablar bien se necesita tener conocimiento de los primeros elementos de la elocución.

Además de los elementos, hay que considerar en la elocución sus formas y cualidades. Si fuese posible reducir el pensamiento humano á formas generales, invariables y precisas, bastarían el análisis lógico y gramatical para comprender perfectamente todo el mecanismo de la elocución y del estilo. Pero la imaginación, los sentimientos del ánimo y la misma fuerza del racio-

cinio, vertiendo en la elocución los encantos que la embellecen y el fuego que la anima, influyen, no sólo en el modo de pensar, sino también en la forma material del lenguaje.

A algunas de estas modificaciones del pensamiento y del lenguaje, notables por los buenos efectos que producen en el discurso, les han dado los retóricos el nombre de figuras.

Por lo que hace á las cualidades de la elocución, se dividen en *esenciales ó generales*, y *accidentales ó especiales*. Las primeras constituyen el tipo fundamental de la buena elocución, y las segundas los diversos géneros de estilo.

Las voces elocución y estilo se confunden con frecuencia; sin embargo, parece que la palabra elocución se refiere á las cualidades permanentes del discurso, y la palabra *estilo* se usa más bien para significar lo accidental y lo variable del mismo.

II

División de esta primera parte.

De lo dicho resulta la división de esta primera parte en los tres libros siguientes:

- 1.º Elementos de la elocución.
- 2.º Formas de la elocución.
- 3.º Cualidades de la elocución.

LIBRO PRIMERO

Elementos de la elocución.

CAPÍTULO PRIMERO

ELEMENTOS LÓGICOS DE LA ELOCUCIÓN

I

Idea de los pensamientos.

Filosóficamente hablando, no deben confundirse las *ideas* con los *pensamientos*, pues en rigor, aquéllas no son sino los elementos de éstos. Así, cuando decimos «Dios es bueno», expresamos tres ideas: la de *Dios*, la de la *bondad* y la de la *absoluta conveniencia* de ésta con aquélla; y sin embargo, no expresamos más que un pensamiento. Pero en elocuencia no es así; en elocuencia la palabra *idea*, aunque algunas veces signifique lo mismo que en filosofía, otras equivale á la de *pensamiento*; como cuando decimos: el orador ha desarrollado perfectamente tal idea, por decir tal pensamiento.

Tampoco debe confundirse el pensamiento filosófico con el oratorio. El filosófico es obra del entendimiento, y sólo atiende á la exactitud; mas el oratorio, sin dejar de ser obra del entendimiento, y sin dejar de ser exacto, es embellecido con las gracias de la fantasía, ó vivificado al calor de los sentimientos, circunstancia por la

cual afecta á la imaginación y al corazón de aquellos á quienes se comunica.

Se llama, pues, pensamiento filosófico al acto y al producto de la facultad de pensar, esto es, de la inteligencia; y oratorio es todo aquello que queremos comunicar á los demás cuando hablamos ó escribimos, agraciado por la imaginación y animado por el sentimiento.

Siendo el hombre un compuesto de espíritu y materia, el pensamiento no puede llegar hasta el primero sin pasar por la segunda; de suerte que la dificultad mayor del arte está, como dicen los filósofos, en llegar hasta el alma por medio de los sentidos. Pero aquel obstáculo podrá evitarse procurando, no solamente que los pensamientos sean verdaderos, exactos y claros, sino que sea lo más expresiva, y por consiguiente, lo más bella posible, la forma con que se les presente. No debe, sin embargo, olvidarse la recomendación de Quintiliano (1), de que las palabras han de servir para poner en claro nuestros pensamientos.

No es fácil dar reglas para hallar pensamientos, naciendo éstos y dependiendo, no sólo del sentimiento y de la inteligencia, sino de la instrucción del escritor, pues, como dice Horacio, el saber es fuente de los buenos escritos: «Scribendi recte, sapere est et principium et fons (2).»

II

Cualidades esenciales de los pensamientos.

Las cualidades del pensamiento se dividen en esenciales y accidentales; las esenciales son: *verdad*, *exactitud* y *claridad* (3).

(1) Poem., lib. VIII.

(2) *Arte Poética*.

(3) Todos los pensamientos deben tener estas cualidades, y por eso se llaman *esenciales*.

Verdad de los pensamientos.—Son *verdaderos* los pensamientos, cuando representan el objeto tal como es: en el caso contrario son falsos. «La justicia es la reina de las virtudes»; este es un pensamiento verdadero. «Los buenos árboles dan fruto desde que nacen»; he aquí un pensamiento falso.

La *verdad* de los pensamientos puede ser *absoluta* y *relativa*. La *absoluta* consiste en la conformidad con la naturaleza de las cosas, según existen ó han existido, como este hecho: «Julio César fué asesinado por Bruto y Casio.» La *relativa* consiste en esa misma conformidad con las cosas, cual se les supone que son ó fueron. Esta no se diferencia de la verosímil (1). «Eneas fué causa de la muerte de Dido»; aquí hay verdad relativa, admitidas las suposiciones hechas por Virgilio.

En las obras destinadas á instruir, es indispensable la verdad absoluta; en las de recreo suele bastar la relativa; en las jocosas á veces se toleran los pensamientos falsos.

Exactitud de los pensamientos.—Se dice que un pensamiento es *exacto*, cuando conviene perfectamente á su objeto, bajo cualquier punto de vista que se le considere. Es la verdad en su más alto grado. El P. Estella presenta un pensamiento exacto en estas palabras: «Delante del enemigo miras como hablas, porque sabes que en errando ha de murmurar: miras como vives, porque en haciendo el mal lo ha de publicar.»

Claridad de los pensamientos.—El pensamiento es *claro*, cuando la mente lo concibe sin esfuerzo, como éste: «La paz interior es una consecuencia de la virtud.» Cuando hay necesidad de pararse á meditar para percibir su sentido, se llama *profundo*, así: «La sensualidad y la avaricia destrozan el corazón por caminos diferentes.» Cuando, aun después de meditar, no se descubre

(1) De las palabras latinas *verus*, verdadero, y *similis*, parecido.

fácilmente el sentido, es *oscuro*; si la obscuridad proviene de la asociación de ideas que debían estar separadas, el pensamiento se dice *confuso*: si no pueden desmarañarse las ideas sino á costa de grandes esfuerzos, se llama *embrollado*, y si la confusión llega á ser tanta que hay que adivinar lo que el autor quiso decir, entonces recibe el nombre de *enigmático*.

III

Cualidades accidentales ó especiales del pensamiento.

Las cualidades accidentales del pensamiento son: *sencillez, naturalidad, agudeza, finura, gracia, novedad, solidez, valentía, energía, sublimidad y oportunidad* (1).

Sencillez de los pensamientos.—Consiste en presentar á la mente objetos que no tienen nada de elevación ni de bajeza. La sencillez es una de las más preciadas virtudes de la expresión, por lo cual se ha repetido con acierto por los más doctos preceptistas, que *la noble sencillez sólo es sublime*.

Como ejemplo de pensamiento *sencillo* puede servir el siguiente: «La muerte á nadie perdona.» Para realzarle y hacerle nuevo de algún modo, es menester parafrasearle como lo han hecho algunos. Malherba lo presenta de este modo: «La muerte igualmente destruye los palacios de los reyes que las cabañas de los pastores.»

Naturalidad.—Consiste en que no sean hijos del esfuerzo, sino nacidos del fondo mismo del asunto, guardando con él la debida proporción: en el caso contrario,

(1) Estas cualidades se llaman *accidentales* ó *especiales*, porque sólo convienen á ciertos pensamientos, según el objeto que representan.

son violentos, forzados y rebuscados. Cuando José se dió á conocer á sus hermanos, sólo dijo estas palabras sacadas de la misma naturaleza: «*Yo soy José. ¿Vive aún mi padre* (1)?» Si los pensamientos brotan tan espontáneamente del asunto, que parece le salen al paso al escritor sin esfuerzo alguno, se llaman *obvios* y *fáciles*.

Agudeza.—Se dice que un pensamiento es *agudo* ó *ingenioso* cuando no se presenta más que bajo un punto de vista, dejando al espíritu el placer de descubrir lo demás. Al referir San Gregorio Magno el hecho del Evangelio, en que se dice que la Magdalena miró dos veces al sepulcro del Señor, pregunta: «¿Por qué mira nuevamente? Y responde: porque al que ama, no le basta haber mirado una sola vez.» Este pensamiento, si bien muy natural, por lo que todos observamos, es al mismo tiempo muy ingenioso.

Finura y delicadeza.—Se dice *fino* y *delicado* el pensamiento cuando se presenta como encubierto con un ligero velo, dejando á los oyentes el mérito de adivinarlo, ó cuando no se manifiesta todo cuanto se quiere decir. Como en este ejemplo: Diciendo Jesús á la Cananea que no era bueno dar el pan de los hijos á los extraños, ella le respondió: «Así es, Señor, mas los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores (2).» Cuando con esfuerzo se pretende ser ingenioso, se degenera en *sutil*, y si se extrema la sutileza tanto, que no se descubre la relación que hay entre las ideas de que consta el pensamiento, se llama *alambicado*.

Gracia.—Un pensamiento es *gracioso* cuando nos presenta objetos risueños ó agradables por sí mismos, ó por la manera con que se dicen. Negándose Faraón

(1) Gen., 45.

(2) S. Math., cap. xv, v. 27.

á dejar salir de Egipto al pueblo hebreo con sus rebaños, Moisés le respondió: *Nuestros ganados vendrán con nosotros sin quedarse ni una uña* (1).

Novedad.— Son *nuevos* los pensamientos cuando á ningún otro escritor le han ocurrido antes, y también cuando se combinan las ideas de tal modo, que los saquen, por decirlo así, de la senda común y trillada. En el caso contrario, se llaman *comunes*; si lo son tanto, que andan en boca del vulgo, se dicen *vulgares*; y si los repite toda clase de personas, toman el nombre de *triviales*. Es *común* este pensamiento: «Las pirámides de Egipto son muy antiguas.» Tendrá *novedad* si se dice: «En las pirámides de Egipto toca el viajero los primeros siglos del mundo.»

Solidez.— Son *sólidos* los pensamientos cuando prueban lo que se propone el que los empleó; en el caso contrario son *fútiles*. Ejemplo: «La grandeza de alma en los peligros, si no va acompañada de la justicia, ya no merece llamarse grandeza de alma.»

Valentía.— Se dice que el pensamiento es *valiente* ó *atrevido* cuando presenta objetos extraordinarios ó de un modo que parece salir de lo regular. El exceso de esta cualidad conduce á la *hinchazón* y á la *extravagancia*, defectos que deslucen la mayor parte de los escritos de Góngora. Como ejemplo de pensamiento valiente, bien podrá citarse el siguiente, tomado del Cántico de Moisés (2): «Sopló tu espíritu y cubriólos la mar: fueron sumergidos como plomo en aguas impetuosas.»

Energía.— Se dice que un pensamiento es *enérgico*, cuando produce en el ánimo una impresión viva y fuerte, de tal manera, que parece ha de quedar para siempre impreso en la memoria. Amenazando el empe-

(1) Exodo, 10.

(2) Idem, 15.

rador Valente con el destierro á San Basilio, éste le contestó: «Nada temo: no hay destierro para aquel que, encontrando á Dios por todas partes, encuentra por todas partes una patria.»

Sublimidad.— Consiste en presentar una grande idea expresada con una gran concisión. Tal es el famoso dicho de Moisés: «Y dijo Dios: sea hecha la luz; y fué hecha la luz (1).»

Oportunidad.— Cualesquiera que sean los pensamientos, y sean las que fueran sus cualidades, importa, ante todo, que convengan con el asunto, con el tono dominante de la obra, con la persona que habla y con los oyentes (2).

La primera de las reglas es la *oportunidad*, decía Cicerón. Se faltaría á ella empleando pensamientos agudos y graciosos en un asunto terrible, ó pensamientos enérgicos, atrevidos y sublimes, en una composición festiva, etc. Del mismo modo que son ajustados los vestidos cuando vienen bien al cuerpo y están proporcionados á la persona que los lleva, igualmente son ajustados los pensamientos en cuanto convienen perfectamente á las cosas que representan.

Esto no quiere decir que no puedan emplearse pensamientos de una clase en composiciones cuyo carácter dominante sea otro; con tal que sea oportuno, no hay inconveniente en emplear cualquiera de los pensamientos admitidos como buenos.

(1) Gén., v. 3.

(2) La oportunidad se llama también conveniencia, congruencia y decoro.